

Cosmovisión, Pensamiento y Cultura

Roberto ■ Restrepo ■ A.

El ser humano, como persona y como sociedad, se ha planteado desde el inicio de los tiempos tres preguntas fundamentales: ¿De donde vengo?, ¿quién soy?, ¿para donde voy?, que articulan al antes -problema del origen-, el ahora -problema de identidad- y el después -destino- o en el sentido del tiempo lineal el pasado, presente y futuro.

Las múltiples respuestas que cada pueblo ha dado a estos interrogantes conforman la base de su *Cosmovisión*, visión de sí mismo, del mundo y el universo, de la ubicación del ser humano en ellos y de su accionar conjunto. La cosmovisión explora las profundidades del sistema integrado del universo, la comprensión

Roberto Restrepo Arcila. Antropólogo.

de las urdimbres mayores que nos hacen cosmos, mundo, seres humanos, partícipes de un acto creativo, incluso la posibilidad de nombrar y entender, hasta donde nos es posible, a la divinidad misma. El conocimiento que genera la cosmovisión, traducido generalmente en un sistema de mitos y ritos, no depende de una aproximación racional al mundo; es un tipo de conocimiento emocional e intuitivo, cuyo sentido es esencialmente simbólico, que se tornará en cierta medida racional en cuanto comienza a formar un *pensamiento*, dada la necesidad de cada comunidad humana de interactuar en el mundo concreto; de allí que los primeros sistemas de pensamiento humanos estuvieron entrelazados a su cosmovisión, como parte de su concepción sacralizada del universo.

“Cada cosmovisión contiene símbolos, conceptos y estructuras abstractas que son la base unificadora de los diferentes sistemas simbólicos y que son el enlace que permite la congruencia entre ellos. Son nociones primordiales que se encuentran en todos aunque no siempre a primera vista. La cosmovisión permea toda la actividad humana, sea esta productiva o reflexiva, sin que estemos conscientes de ello. No obstante hay expresiones donde se muestra de manera explícita, estas son las creencias, los mitos y los rituales que se asocian con cada actividad humana” (Rupflin, 1995). La cosmovisión, como sistema cognoscitivo, componente de la estructura básica del pensamiento y la cultura, hace parte también de la gran urdimbre del conocimiento humano. En la Antigua América, los lineamientos generales de la cosmovisión eran compar-

tidos por la mayoría de los pueblos que habitaron el continente desde Alaska a la Patagonia, lo que permitió una forma similar de relacionamiento entre la comunidad humana, la comunidad natural y las deidades, un tipo de nación y estado característico y un sistema de desarrollo sostenible que se mantuvo hasta el siglo XVI, el surgimiento de los ciclos del caos.



LA DIOSA CHANTICO. CÓDICE BORBÓNICO

El **mito**, como forma narrativa despreciada inicialmente por el antropologismo occidental, que lo unía a las visiones "arcaicas" del mundo proveniente de sociedades "primitivas", ha recuperado hoy toda su dimensión humana. Por ellos se liga el mundo percibido por los sentidos, sentido desde el asombro y explicado intuitivamente a una realidad que está más allá de la experiencia sensorial común y del simple razonamiento. Para Mircea Eliade, estudioso de las religiones, los mitos describen "las diversas, y a veces dramáticas, irrupciones de lo sagrado (o de lo "sobrenatural") en el Mundo. Es esta irrupción de lo sagrado la que fundamenta realmente el Mundo y la que le hace tal como es hoy en día... Los mitos revelan, pues, la actividad creadora y develan la sacralidad de esta obra...El mito se considera como una historia sagrada y, por lo tanto, una historia verdadera, puesto que se refiere siempre a realidades" (Eliade, 1991).

Desde Freud y Jung, el mito ha adquirido otra dimensión y parece trasponer todos los tiempos y espacios para, desde su morada en el inconsciente colectivo humano, explicar muchas de las conductas que nos han acompañado desde los orígenes y que continúan mostrándose hoy con otro ropaje pero con un contenido semejante. "Una de las principales contribuciones de nuestro tiempo para la comprensión y revalorización de tales símbolos eternos (contenidos en los mitos) la hizo la escuela de psicología analítica del Dr. Jung. Ha ayudado a romper la arbitraria distinción entre el hombre primitivo, a quien

La cosmovisión explora las profundidades del sistema integrado del universo, la comprensión de las urdimbres mayores que nos hacen cosmos, mundo, seres humanos, partícipes de un acto creativo, incluso la posibilidad de nombrar y entender, hasta donde nos es posible, a la divinidad misma.

los símbolos le parecían parte natural de su vida diaria, y el hombre moderno, para quien los símbolos, aparentemente, no tienen significado y carecen de importancia" (Herderson, 1997). Uno de los principales seguidores de la escuela sicoanalítica jungiana, el Dr. Joseph Campbell en su obra "*El héroe de las mil caras, psicoanálisis del mito*", hace una definición muy elocuente de lo que para él representa el mito: "En todo el mundo habitado, en todos los tiempos y en todas las circunstancias, han florecido los mitos del hombre; han sido

la inspiración viva de todo lo que haya podido surgir de las actividades del cuerpo y de la mente humanos. No sería exagerado decir que el mito es la entrada secreta por la cual las inagotables energías del cosmos se

vierten en las manifestaciones culturales humanas. Las religiones, las filosofías, las artes, las formas sociales del hombre primitivo e histórico, los primeros descubrimientos científicos y tecnológicos, las primeras visiones que atormentan al sueño, emanan del fundamental anillo mágico del mito... Los símbolos de la mitología no son fabricados, no pueden encargarse, inventarse o suprimirse permanentemente. Son productos espontáneos de la psique y cada uno lleva dentro de sí mismo, intacta, la fuerza germinal de su fuente" (Campbell, 1980).

El mito representa, pues, el lenguaje con que el espíritu humano, antes del razonamiento abstracto y en cualquier espacio-tiempo, se explica su origen, el sentido de existir y la finalidad de hacerlo. Pero además,

estructura su siquismo, y, como parte de la urdimbre de lo humano, demuestra que la cosmovisión y su lenguaje tienen vigencia permanente; incluso hoy, donde la pretendida desacralización del mundo lo oculta en las formas “modernas”. Como dice Campbell “la última encarnación de Edipo, el continuado idilio de la Bella y la Bestia, estaban esta tarde en la esquina de la Calle 42 con la Quinta Avenida, esperando que cambiaran las luces del tránsito”. Introducirse en el universo de los mitos, explorar la cosmovisión de los pueblos, es también una forma de introducirnos en nosotros mismos y entender los hilos del tejido que hacen la característica permanente de lo humano.

Los mitos son en cierta forma atemporales y otorgan sentido a la existencia en cuanto posibilitan una ubicación en el cosmos y permiten aplicar conocimientos generales y recurrentes, que constituyen la explicación básica de lo que existe y de la forma de actuar en la realidad multidimensional, a cada caso particular en su propio espacio-tiempo. Constituyen los hilos de la urdimbre sobre los que se teje la trama de la cultura y el pensamiento.

Robert Graves nos habla de que “el lenguaje del mito poético, corriente en la Antigüedad en la Europa mediterránea y septentrional, era un lenguaje mágico vinculado a ceremonias religiosas populares en honor de la diosa Luna, o Musa, algunas de las cuales datan de la época paleolítica, y que éste sigue siendo el lenguaje de la verdadera poesía” (Graves, 1993). El lenguaje mítico participa de ese instante de creación del que hace parte el lenguaje poético y artístico, que proviene de regiones desconocidas del espíritu humano y al que tratan de racionalizar la “crítica” o el analista semiótico,

despojándolo de su aura de misterio y eternidad. Poesía y mito se encuentran en el conocimiento trascendente del universo y del ser humano mismo y deben ser afrontados desde la perspectiva del sentimiento-intuición del que provienen. Solamente después, la racionalidad humana encontrará la forma de asimilarlo.

Desde sus inicios hasta hoy, el espacio-tiempo en que se mueven los mitos y *ritos* -que es la forma como el mito se hace operativo en la interacción con la realidad- trasciende los ciclos calendáricos menores y se conforma en el ciclo mayor en el momento en que el espacio y el tiempo se trascienden a sí mismos y se tornan uno: origen, final y renacimiento. “Como el espacio, el Tiempo no es, para el hombre religioso, homogéneo ni continuo. Existen los intervalos de Tiempo sagrado, el tiempo de las fiestas; existe, por otra parte, el Tiempo profano, la duración temporal ordinaria en que se inscriben los actos despojados de significación religiosa. Entre estas dos clases de Tiempo hay, bien entendido, una solución de continuidad; pero, por medio de ritos, el hombre religioso puede pasar sin peligro de la duración temporal ordinaria al tiempo sagrado... el tiempo sagrado se presenta bajo el aspecto paradójico de un tiempo circular, reversible y recuperable, como una especie de eterno retorno mítico que se reintegra periódicamente mediante el artificio de los ritos” (Eliade, 1992).

A diferencia de occidente y del punto de vista de Eliade, las culturas americanas autóctonas no tuvieron, ni tienen, esa categórica diferenciación entre tiempo sagrado y profano ni la idea de un tiempo circular. Para ellos el espacio-tiempo es cíclico y relativo y es en todo sentido sagrado, con mayor o menor “intensidad” de manifestación de acuerdo a los momentos o

intervalos que establecen los calendarios por una lectura que lo humano hace del sistema abierto e interrelacionado que es el mundo en conexión con el universo. Como el mito se ubica en un ciclo mayor respecto al espacio-tiempo donde cada generación existe, su transcurrir parece inmutable. Podría confundirse incluso con una especie de tiempo circular. Pero sus cambios ocurren a niveles que sobrepasan el tiempo histórico de los pueblos y por ello nos permiten encontrar el sentido de la urdimbre y tejer las tramas. Es decir, darle sentido a la ciencia que explica y anticipa, al arte que lo expresa y a la arquitectura que lo habita.

Inmerso en un espacio-tiempo cíclico mayor, el rito puede recrear cualquier momento del antes, el ahora o el después, incluso los orígenes mismos, o hechos relevantes que se hayan constituido en parte de la vivencia mítica e histórica de la comunidad y cuya manifestación constante, aunque vestida de otros ropajes, permitan explicar la recurrencia del mundo, la forma de actuar de las comunidades y posibilitar la prevención de hechos que afectan la vida espiritual y productiva, buscando las maneras de contrarrestarlos, en una especie de anticipación a los efectos. El ritual como expresión que es de la urdimbre que expresan los mitos, tiene también un profundo carácter simbólico. Y cumple en cada comunidad un permanente carácter educativo, como transmisor de aspectos de la cosmovisión que tocan la realidad misma.

“Los **significados** que se dan a los conceptos fundamentales de la cosmovisión, los mitos y los rituales están constantemente en un cambio articulado que corresponde a la situación social, histórica y ecológica de la sociedad portadora, hecho que se refleja a menudo en

sus variaciones espacio-temporales. Sin embargo, estas no son simples reflejos. Mitos y rituales poseen cierta autonomía fundamentada en los posibles significados de los símbolos de los cuales se constituyen, moldeando la mente y la actitud humana orientando el desarrollo de tecnologías y estructuras organizativas” (Rupflin, 1995). Para entender en toda su profundidad las formas de estado y desarrollo que se dieron entre las antiguas civilizaciones americanas, debemos partir de su cosmovisión, esa extraordinaria forma de ver el mundo que posibilitó el mayor y más fructífero implemento de un sistema sustentable, por más de 2000 años, con un cierto nivel de realización humana y expresiones culturales que aún hoy no dejan de ser impresionantes. Máxime, cuando a diferencia de nuestro mundo actual, su coherencia entre cosmovisión, pensamiento y cultura, incluyendo su sistema de ciencia, arte y tecnología, se mantuvo históricamente y comprende una de las mayores enseñanzas que la Antigua América nos ha legado.

■

Para entender en toda su profundidad las formas de estado y desarrollo que se dieron entre las antiguas civilizaciones americanas, debemos partir de su cosmovisión, esa extraordinaria forma de ver el mundo que posibilitó el mayor y más fructífero implemento de un sistema sustentable, por más de 2000 años, con un cierto nivel de realización humana y expresiones culturales que aún hoy no dejan de ser impresionantes. Máxime, cuando a diferencia de nuestro mundo actual, su coherencia entre cosmovisión, pensamiento y cultura, incluyendo su sistema de ciencia, arte y tecnología, se mantuvo históricamente y comprende una de las mayores enseñanzas que la Antigua América nos ha legado.

CULTURA, SÍMBOLO Y SISTEMA SIMBÓLICO



XÓLOTL EN EL CONJUNTO DEL QUETZAL

El sistema simbólico que maneja una sociedad está estrechamente vinculado a su concepto de **cultura**, porque los símbolos y sus significados no se pueden comprender fuera del contexto de una sociedad y su cultura en un espacio dado y en un momento histórico determinado.

Por **cultura** entendemos todo el quehacer humano, que puede definirse como la recreación simbólica y operativa de la realidad, a partir de una serie de elementos -la realidad misma-, realidad que la ciencia actual no ha podido determinar y que el pensamiento de todos los pueblos define de acuerdo a su visión del mundo. Este concepto de cultura implica que nuestra realidad se construye o “recrea” (concepto indígena americano) en cada accionar humano en el entorno; no existe, pues, una “realidad” humana aparte de lo humano,

un espacio y un tiempo absolutos -concepción revaluada hoy por la física cuántica-, sino un universo que se “hace” a cada momento, por la constante interrelación de sus componentes. Los pueblos americanos -como parte de su trama de pensamiento- creían que las grandes fuerzas de la creación habían colocado un sustrato básico de vida conformado por tres comunidades hermanas: la comunidad natural, la comunidad humana y la de las deidades, cuyo objeto de “ser y estar en el mundo” era la adquisición de sabiduría mediante la constante “recreación” del mismo, como construcción permanente de la realidad. Para ellos el sustrato eran las tres comunidades que interactuaban entre sí. Y la cultura su interrelación en el espacio-tiempo mediante el diálogo y la reciprocidad. Para realizar este accionar tenían como base el “lenguaje de lo existente”, las relaciones observables en los aspectos no intervenidos por la comunidad humana y que se mostraban en la naturaleza, es decir, sistemas naturales o cósmicos abiertos. Entonces la cosmovisión y el pensamiento, formados a partir de esta vivencia y observación permanentes y a diferentes niveles dentro de los grupos sociales o de las personas mismas, permitían componer sistemas conceptuales también abiertos para interactuar con el mundo, pasando del caos al orden. La realidad así construida, “recreación

del mundo”, era, como parte de un accionar constante, relativa; debía consultar la extrema variabilidad de cada espacio-tiempo, entender la urdimbre que lo unía a los espacio-tiempos mayores y la trama que lo hacía único. Por ello no se establecían verdades absolutas y eternas, ni opciones homogenizadoras. El diálogo y reciprocidad entre las tres comunidades era intensamente creativo; la realidad era una obra que se pintaba y escribía por cada uno como acción conjunta. Por ello eran tan importantes los medios como los fines y el sentirse parte de una complejidad abierta era el “sentimiento” de la cultura.

Por *cultura* entendemos todo el quehacer humano, que puede definirse como la recreación simbólica y operativa de la realidad, a partir de una serie de elementos -la realidad misma-, realidad que la ciencia actual no ha podido determinar y que el pensamiento de todos los pueblos define de acuerdo a su visión del mundo.

La cultura como quehacer humano precisa de todo un *sistema simbólico* para explicarse la realidad e interactuar con ella, en ese paso de la cosmovisión al pensamiento que permite la operatividad del sistema. Pero “quien se apreste a estudiar los problemas del simbolismo se encuentra sobre todo con la dificultad constituida por la polisemia del vocablo *símbolo*: la misma palabra cubre una extraordinaria variedad de significados”. Pero poseemos una definición que “a pesar de ser lagunosa y ambigua, es todavía la más comprensiva y utilizable: el símbolo es así la dimensión que adquiere cualquier objeto (artificial o natural) cuando éste puede evocar una realidad que no es inmediatamente inherente...

No obstante la polisemia del vocablo, con esta definición estamos indicando algo específicamente humano: un signo que no puede reducirse en absoluto a estímulo o señal, sino que tiene el poder de evocar una realidad física o espiritual, corpórea o síquica, que no le es inherente por naturaleza” (Trevi, 1996).

El *símbolo* como elemento de un sistema simbólico, ya sea representado en palabras, dibujos, números, objetos, actos, cualidades o relaciones que sirva como vehículo de una concepción, adquiere por sí mismo un “significado”. La dimensión que el símbolo adquiere, la realidad física o espiritual que una sociedad o una persona conciben y perciben a través de un símbolo, constituyen su *significado*. Cuando esta realidad es representada por diferentes grupos humanos a través de un mismo símbolo, los significados son generalmente diversos y contradictorios. Esto ocurre así, porque los significados están condicionados en primer lugar por la cosmovisión, luego por los otros elementos culturales -el contexto social, político y económico, el síquico, el entorno mismo-, tanto de quienes conciben como de quienes interpretan el símbolo. Un claro ejemplo de este caso es el empleo del símbolo de la cruz por las culturas de la Antigua América, que difería a muchos niveles del que portaban los europeos durante el “descubrimiento” y conquista y que adquirió después un sincretismo muy difícil de precisar.

También se da generalmente el caso de que se empleen diferentes símbolos para expresar una misma realidad. “Para conocer el o los significados que tiene un símbolo en cierta situación, es necesario conocer el sistema simbólico del

cual forma parte y la cosmovisión de la sociedad o de los individuos que los producen por un lado, y por el otro, a quienes está dirigido y lo interpretan” (Rupflin, 1995). Esta consideración adquiere su mayor importancia cuando de la comunicación verbal o escrita se trata, ya que los sistemas simbólicos de la humanidad son mayormente transmitidos por este medio.

“Los símbolos acompañan toda nuestra experiencia cotidiana. Todo el día interpretamos fenómenos que son símbolos o que tomamos como tales, empezando por el sueño de la noche, los gestos corporales, las palabras que oímos o usamos... buscamos y reconocemos significados, emitimos signos con calidad de símbolos para transmitir significados, cada uno a la manera que nos enseñó la sociedad en que fuimos formados” (Rupflin, 1995). El manejo de los sistemas simbólicos está tan íntimamente ligado al ser humano que normalmente no estamos conscientes de nuestra permanente búsqueda de significados y utilización de símbolos. De muchos de los símbolos que adquirimos de la sociedad en la cual estamos inmersos hemos perdido la profundidad de su significado, y el “símbolo se vive y aplica como un valor en sí”. Se usan porque siempre se han usado, y de esta manera nuestra visión del mundo y nuestro accionar en la cultura están en cierta forma condicionados. Los grupos de poder que intentan mantener la estructura del sistema sin cambios que amenacen su posición privilegiada, manipulan permanentemente el sistema simbólico de la sociedad de la cual hacen parte mediante los medios masivos de comunicación, la educación, los diferentes niveles de presión y el aparato coercitivo.

No en balde quienes manejan los medios y la coerción son quienes poseen una visión más limitada de su realidad, aspecto inimaginable en quienes dirigen las políticas educativas, pero que es hoy una realidad tanto en Latinoamérica como en el mundo. La educación media e incluso la universitaria han perdido el aspecto de libertad y universalidad que les eran inherentes, no permitiendo así una recreación permanente y fecunda de su realidad, adquiriendo un carácter formalista y competitivo, coadyuvando al íntimo inconformismo de las generaciones que la sufren.

Es muy significativo como el concepto de **educación** y **verdad** difería a tan alto grado entre las Altas Culturas de la Antigua América y las llegadas desde occidente (Europa), diferencia que se ha acentuado con el manejo que históricamente, hasta hoy, continuamos dándoles a estos conceptos en éste y otros continentes. Para los antiguos americanos, la **verdad** se construía permanentemente en la recreación de la realidad y aunque existía una urdimbre de fondo que permitía la coherencia y estructura del sistema, dada desde la cosmovisión y el “ser y estar en el mundo”, la verdad era relativa al espacio-tiempo en que se daba, el ciclo en que estaba inmersa, el momento mismo. Se plasmaba “rígidamente” en los códigos como urdimbre mediante la escritura o más elásticamente en el arte, la arquitectura, las ciencias y la tecnología, pero su verdadera transmisión como trama era oral, para que cada persona o grupo humano la deglutiera en su interior, la acompañara con su realidad inmediata, la adaptara a sus propias condiciones y la transformara en la dinámica de recreación. Así la verdad absoluta era una visión vivencial del mundo, una cierta forma de relacionamiento, una cierta manera

de construir la realidad. La verdad del cada día, del antes, el ahora y el después era variable, diversa, infinita. Sobre esa urdimbre conceptual se tejía la libertad de ser y estar en el mundo.

“Los sistemas simbólicos hacen comprensible y comunicable nuestra experiencia como humanos”. Bastantes de sus significados orientan permanentemente nuestra vida en aspectos que precisamos y otros contienen informaciones que ni nos interesan ni buscamos. Muchos de ellos adquieren significado desde un cierto reflejo, por ejemplo los gestos comunes de saludo o despedida, otros precisan de una reflexión más profunda, como las obras escritas con sus diferentes niveles de significación para cada uno. Las verdaderas obras de arte, ya sean pintura, escultura, poesía o literatura, tocan la urdimbre del conocimiento del mundo, el “espíritu” de una situación o época y permiten que cada lector u observador, de acuerdo a su realidad interior, pueda hacer su propia lectura, tejer su propia trama. De allí la futilidad de la crítica literaria o artística, generalmente un intento de homogenizar, desde una visión particular, la variabilidad de los significados. “Aprendemos sistemas simbólicos de valores, de reglas de convivencia, de leyes naturales (detectados y representados por la ciencia) como información que sirve para ahorrar esfuerzos en la tarea de conocer la realidad social y natural. Sin embargo, siempre los fenómenos que son representados por los símbolos no son idénticos a éstos: por un lado son más complejos, y por el otro reciben a través de los símbolos que los expresan, existencia y significado en la realidad humana. Fenómenos que no son expresados en ningún símbolo, no se consideran existentes” (Rupflin, 1995).

Dada la tendencia del mundo actual a homogenizar los sistemas simbólicos desde posiciones etno y egocéntricas, el sentido de la verdad americano adquiere una gran importancia, incluso una actualidad sorprendente. Hoy más que nunca precisamos repensar y sentir diferente el sistema de valores en que estamos inmersos, la visión del mundo manipulada desde el antes, la crisis de utopías y esperanzas con que afrontamos el después, la in-vivencia e in-videncia del ahora, un presente inexplicado y evadido por un futuro inconsistente. Romper la secuencia del tiempo y el espacio separados, lineales y absolutos, el sentido homogenizador y falseado de la historia, incluso el sentido y la dirección del desarrollo. Porque, ¿cuál es la razón de ser de la cultura, de su sistema simbólico, del desarrollo mismo, sino permitirnos una visión coherente del mundo, una cierta realización personal y comunitaria, una forma de relacionamiento personal, social, estatal, cósmico que nos una, no nos separe, a la realidad de un Universo vivo y fluctuante?

Cada cultura toma como su realidad lo que se nombra y se comunica en **símbolos** socialmente aceptados y comprendidos. Pero dentro de una nación o un estado actual, las comunidades o los grupos que manejan diferentes sistemas simbólicos recrean de forma diferente la **realidad**. De esta manera, tanto los símbolos como los significados tienen una interpretación diferente para cada grupo, como hemos expuesto anteriormente y la realidad se torna diversa, inconsistente para políticas globales. Estos es más notorio en los símbolos que expresan valores morales, éticos o religiosos. Algunos símbolos se acercan más a la urdimbre del conocimiento, es decir a sistemas simbólicos compartidos por amplios segmentos de la población, incluso por encima

de diferenciaciones étnicas y culturales. Podría pensarse que símbolos tomados del mundo físico, como el agua, el fuego, la tierra y el aire, el cuerpo humano, los minerales y vegetales, etc. tendrían significados semejantes para sociedades diversas. Incluso corrientes psicoanalíticas han expuesto que la interpretación inconsciente de estos símbolos tiende a ser la misma en el género humano. Pero un estudio a fondo de lo que estos símbolos físicos o naturales significan para grupos humanos diversos que conviven dentro de una misma unidad política, por ejemplo, lo que ocurre en la mayoría de los países latinoamericanos, donde comparten el territorio blancos, mestizos, indígenas y negros -para usar términos comunes- nos muestran que la pretendida universalidad de ellos es sólo una concepción fallida de los grupos socialmente dominantes.

Si miramos un país como Colombia, producto políticamente de una estructuración artificial que apenas tiene 150 años y que varió una geopolítica de varios siglos, los supuestos simbólicos sobre los que se basa su concepto de nación y de estado muestran una enorme inconsistencia con la realidad que cada grupo ha elaborado. No se comparte realmente más que un territorio, como entidad física delimitada artificialmente. Cada uno de sus grupos culturales humanos, diseminados en forma no coherente a su organización política interna de departamentos y municipios, tienen una cosmovisión diferente, sobre todo indígenas, negros y mestizos, aunque entre estos últimos, que conforman la mayoría de la población, los matices varían constantemente, desde formas de religiosidad popular vivencial, hasta el

contexto más formal y acomodado de los grupos urbanos elitizados. Incluso factores como la lengua -el español escasamente se conoce en amplias regiones como la Amazonía, el Chocó, parte de la Guajira y la cuenca del Orinoco-, la presencia de un poder político centralizado en todo el territorio -hoy fragmentado en cuanto a autoridad y poder entre las fuerzas que compiten a su interior-, de una organización, una legislación y un modelo de desarrollo unitarios -cada vez más desprestigiados y fragmentados- nos muestran que la pretendida figura del estado-nación es puramente formal y teórica y que únicamente sistemas basados en la realidad objetiva de nuestra diversidad étnica y cultural permitirán construir niveles de organización y convivencia viables.

BIBLIOGRAFÍA

- Campbell, Joseph. (1980). *El hombre de las mil caras*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 11.
- Eliade, Mircea. (1991). *Mito y realidad*. Barcelona: Labor, pp. 12-13.
- _____. (1992). *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Labor, pp. 63-64.
- Graves, Robert. (1993). *La diosa blanca*. Madrid: Alianza, p. 10.
- Herderson, Joseph. (1977). *El hombre y sus símbolos*, C.C. Jung. Barcelona: Luis de Caralt, p. 106.
- Rupflin Alvarado, W. (1995). *El Tzolkin*. Guatemala: CEDIM, pp. 23-24.
- Trevi, Mario. (1996). *Metáforas del símbolo*. Barcelona: Anthropos, pp. 1-2.

